

Domingo, 29 de Mayo de 2011. 6º de Pascua A: Jn 14, 15-21

Podemos comenzar recordando una frase que hoy nos dice san Pedro en la 2ª lectura (I Pe 3, 15): “Estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pida”. La verdad es que el mundo nos pide razón de por qué creemos, por qué esperamos, por qué confiamos en la bondad de Dios en medio de tantos sufrimientos, en medio de injusticias y persecuciones. Y debemos decir que es por el amor del Padre del cielo, en que Jesucristo ha padecido por nosotros y ha resucitado y que nos da la posibilidad de llegar a la plenitud de nuestra existencia en Dios.

Hoy vemos en el evangelio que Jesús está consolando a sus discípulos en la Última Cena. Él ha dicho que se vuelve a su Padre, y que les va a preparar allí una estancia para cada uno. Esto no les consuela demasiado, porque sólo piensan en que ya van a estar separados y sólo les quedará su recuerdo y su enseñanza. Así parece que piensan hoy muchos, también entre los cristianos. Pero Jesús les dice a los apóstoles, y a nosotros también, que no les abandona. Nosotros sabemos que Jesús permanece en el prójimo, especialmente en la comunidad creyente, en su Palabra, en sus sacramentos, y muy especialmente en la Eucaristía; pero hoy nos dice que no nos deja porque estará en su Espíritu, el Espíritu Santo.

La Iglesia es algo más que una organización social. Su misterio interior se basa sobre todo en la presencia de Jesús Resucitado y en la acción vivificadora del Espíritu. Este es el mayor don que Jesús Resucitado da a los apóstoles, un don que ahora les promete. Jesús le llama el Defensor o el Consolador; pero dice también que es el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Es decir, que la acción del Espíritu es totalmente diferente de la acción del mundo, envuelto en mentiras, injusticia, opresión, idolatría del dinero y el poder. Esto es lo que encontramos, si examinamos las noticias que se dan en TV o cualquier medio de comunicación. Existe también mucho amor y entrega; pero poco suele salir en las noticias. Los discípulos de Jesús deben comprometerse con los valores del Espíritu, que es amor, solidaridad, justicia, paz y fraternidad. Por lo tanto, dirá Jesús, es todo un compromiso con sus mandatos, que se reducen al amor: a Dios y al prójimo.

El Espíritu es el encargado de asegurar la presencia permanente de Cristo en la Iglesia y de que la obra de la salvación vaya siendo interiorizada y asimilada por sus seguidores. Pero nos deja en libertad y seguimos metidos en medio del mundo. Y como es tan difícil separar el trigo de la cizaña, tenemos mucha parte de malo. Por eso debemos dejarnos guiar por el Espíritu. Él está con nosotros. No se trata de una presencia universal, como Dios está en todas las cosas, sino de una presencia personal e íntima. Es como la presencia plena de un amigo, que mora en medio de nuestro corazón. Lo que pasa es que no quiere violentar, sino que es una presencia oculta, sólo perceptible por la fe. Cuando la fe es grande, la llamada del Espíritu se hace más sensible. La triste realidad es que estamos aturdidos con tanto ruido externo, que no llegamos a sentir la voz suave y susurrante del Espíritu.

La promesa del Espíritu está estrechamente unida al mandamiento del amor. En el cumplimiento del mandamiento manifestamos la presencia del Espíritu, que anima a toda la Iglesia. Hoy en la primera lectura aparece esta efusión del Espíritu en la primitiva iglesia de Samaría. Allí los apóstoles por el sacramento de la Confirmación (o imposición de las manos) reafirmaron la presencia del Espíritu.

También hoy el Espíritu consolador quiere serlo a través de nosotros. Somos como sus manos y sus pies. Pidamos que se nos dé el Espíritu de fortaleza para poder luchar contra el mal, el Espíritu de paciencia para soportar las pruebas. Y sobre todo que nos dé el Espíritu de amor y de alegría para sentirnos dichosos de ser hijos de Dios y poder vivir en una intimidad plena de amor en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.